

CAMPANADAS DEL MAR. LECTURAS FILOSÓFICAS DE LA POESÍA DE PABLO NERUDA.

por *Eduardo Carrasco*

Santiago de Chile.

Grupo Editorial Zeta S. A. 1995.

R *Campanadas del Mar* se declara en el subtítulo mismo y en las “Palabras iniciales” como una lectura filosófica, o lectura desde la filosofía de la poesía de Pablo Neruda.

Considerada desde esta perspectiva, la obra se sitúa directamente en relación con el punto hacia el cual converge hoy lo que —con Heidegger— podríamos llamar el pensamiento meditante por contraposición al pensamiento calculante de la técnica. la reflexión sobre el lenguaje. Su relación con este último se inscribe dentro de la perspectiva de una hermenéutica que concibe el lenguaje poético como respuesta a una interpelación proveniente del ser; una hermenéutica, por lo tanto, en la que prima la confianza en el apuntar ontológico de ese lenguaje y no la sospecha de que éste cumpla, esencialmente, una función distorsionadora, encubridora de intereses “humanos, demasiado humanos”.

De ello da testimonio el que en sus “Palabras iniciales” el autor formule lo que constituyera el objetivo que lo impulsó a la labor de escribir este libro en los siguientes términos: “Nuestra tarea ha sido determinar —en la medida de nuestras fuerzas— aquello frente a lo cual la poesía de Neruda ha sido una respuesta”; y añade más adelante: lo anterior “lo hemos hecho a partir de los propios textos de Neruda, sin recurrir como fuente principal, a nada que no sean sus propios poemas”; pone de manifiesto así, de partida, el respeto a la especificidad de cada uno de los lenguajes implicados —poético y filosófico— que se mantendrá inalterable a lo largo de toda su interpretación de la obra nerudiana.

Hay en el libro fundamentalmente tres aspectos que nos parecen de especial interés desde el punto de vista de la filosofía: en primer lugar, las mutuas relaciones y distancias que el autor discierne entre el lenguaje poético y el filosófico, expresadas en las razones por las que él se cuida de no introducir en su análisis elementos ajenos a la poesía misma; luego, aquello que se descubre como el algo interpelante al que la poesía de Neruda responde y que representaría el fondo unitario al que remiten el

lenguaje poético y el filosófico, por lo demás enteramente diferentes e independientes entre sí. Finalmente, lo que el autor llama la síntesis poética y que, en la obra de Neruda, representaría ese pensamiento que —según Carrasco— hay en toda gran poesía, que sólo la propia filosofía puede sacar a luz en su modo filosófico, y aquella intuición poética que hay en toda gran filosofía, que sólo la poesía puede mostrar poéticamente.

Poesía y filosofía

En la última parte de la obra, “Epílogo y Fundamentación”, el autor nos dice lo siguiente con respecto a las relaciones entre poesía y filosofía: “ambas se complementan sin que ninguna tenga que renunciar a ser sí misma. Cada una es un logro autónomo y, a la vez, cada una necesita de la otra”.

Carrasco ejemplifica la proximidad y la distancia entre ambas contrastando el “todo fluye” heracliteano con el verso de Neruda “la identidad perdió el espejo y crecimos cambiando de camino”; los dos enunciados apuntan hacia algo que podría ser considerado como lo mismo: la irrealidad de una identidad permanente de lo que es. Pero el enunciado filosófico está referido directamente a lo universal y, por lo tanto, a lo abstracto: el todo, mientras que el enunciado poético mediatiza su apuntar hacia lo universal con la referencia a lo particular y concreto: nosotros mismos.

Se esboza, así, una primera distancia entre la abstracción del lenguaje filosófico y la concreción del lenguaje poético, a la que se suma el hecho de que en tanto el primero intenta una referencia directa a ese “todo” que en este caso caracteriza con el “fluye”, el segundo —para designar la inestabilidad de nuestra presencia— toma un desvío, recurre a la metáfora; vale decir, muestra lo que es ese algo sin identidad permanente, nombrando a otro que es “como” aquello hacia lo que su decir apunta. Respecto a estas diferencias afirma el autor: “podríamos decir que la poesía, en cuanto ‘metafórica’, tiende a quedarse en el plano de los entes: para poner de manifiesto el ser del ente, o el ser mismo, nombra a otro u otros entes, pasa de uno a otro, dejando siempre innombrado lo que no puede aparecer como ente”. La filosofía, en cambio —como ya dijimos— intenta nombrar directamente aquello que la poesía deja innombrado, utilizando a veces para ello nombres provenientes del lenguaje corriente que —al haber sido sometidos al rigor de la acuñación del concepto filosófico— no designan ya a entes específicos sino una meta-realidad. Ahora bien, serían esa referencia directa al todo y este proceso conceptualizador, que lleva a efecto una delimitación y un acotamiento semánticos de la multiplicidad de sentidos implícita en la metáfora, lo que constituiría la diferencia esencial entre filosofía y poesía; dicha diferencia debe ser cautelada cuidadosamente por el análisis que —en consecuencia— tendría que abstenerse de interpretar la segunda a partir de elementos provenien-

tes del ámbito de la primera. Por otra parte, esa misma diferencia que desde la perspectiva filosófica representa la especial riqueza y fecundidad de esta disciplina, determinaría una especie de menesterosidad de la filosofía en relación a la poesía: aquella, nos dice el autor, “nunca será capaz de apresar cabalmente en conceptos lo que la poesía dice en imágenes”; a ello se suma el hecho de que, al tener el lenguaje poético un carácter esencialmente metafórico, mientras el lenguaje filosófico es de naturaleza conceptual, se daría una precedencia del primero en relación al segundo. Dice Carrasco al respecto: “En lo que piensa, a su manera y según su esencia, la poesía viene primero, la filosofía llega después”.

Se trata, pues, de dos formas de lenguaje enteramente diferentes e irreductibles la una a la otra. De manera que, si en *Campanadas del Mar* se procede a una lectura filosófica de la obra de Neruda, no es porque se crea que en esta última haya una filosofía implícita, desdibujada por un lenguaje poético, sino porque, como mencionábamos antes: “en toda gran poesía hay un pensamiento que sólo la propia filosofía puede sacar a luz en su modo filosófico; y, a la vez, en toda gran filosofía hay una intuición poética que sólo la poesía puede mostrar poéticamente”. Así, la interpretación desde la filosofía carece de relevancia desde el punto de vista de la poesía como tal, que ha dicho a su manera todo lo que tenía que decir; se justifica —en cambio— desde la perspectiva filosófica, que descubre en la concreción poética algo de sus propias raíces y que intentará nombrar directamente lo que la poesía —en su desvío metafórico— deja innombrado porque el nombrarlo no corresponde a su esencia.

Aquello frente a lo que la poesía de Neruda es una respuesta

Cuando en las “Palabras iniciales” Carrasco nos dice que se ha propuesto determinar “aquello frente a lo cual la poesía de Neruda es una respuesta”, podemos tener desde ya la certeza de que el autor considera que la gran poesía no es una creación arbitraria del hombre; porque el carácter de respuesta que esa afirmación le atribuye apunta inequívocamente hacia una interpelación proveniente —precisamente— de “aquello” cuya identidad es su propósito esclarecer, interpelación que generaría la creación poética.

En confirmación de lo anterior nos dice Carrasco en el capítulo cuarto, titulado “La Esencia de la Poesía”: “ella llega a buscar al poeta, viene de un ámbito que éste no domina, ni puede dominar. La poesía es testimonio de lo indomable, del territorio que excede el poder de lo humano” y aclara un poco antes: la poesía es “algo que llega desde fuera ... que escapa en cierto modo a lo que el individuo haya podido disponer con respecto a sí mismo”...“algo que no es del ámbito de lo que el sujeto actuante puede determinar”. Esta relativa pasividad del sujeto que estaría implicada en la creación poética muestra claramente que la poesía no puede ser interpretada como

mero producto de la iniciativa humana; ella es, se nos dice, “llamado que proviene desde lo otro...”. Pero este llamado —según declara Neruda— “no es ni voz, ni palabra, ni silencio”; es —nos dice Carrasco— algo proveniente de las cosas mismas que, de pronto, sin que en primera instancia medie el lenguaje, despliegan ante nosotros su sentido, quiebran la monotonía de la cotidianeidad, concitan nuestra mirada atenta y nos conmueven. Esta interpelación anterior al lenguaje representaría una experiencia pre-poética compartida por todos los hombres; el poeta sería, entre éstos, aquel que lleva esa experiencia a la palabra y ésta será verdaderamente poética en la medida en que haga “surgir en toda su presencia la cosa nombrada”. Por lo tanto, “hacerse poeta es encontrar la palabra exigida por el llamado” y ello implica una especie de síntesis entre sujeto y objeto expresada tanto en la interpelación que nos alcanza desde lo otro, como en la culminación de ese llamado en la palabra poética que surge como respuesta.

Ahora bien, Carrasco plantea apoyándose para ello paso a paso en ejemplos tomados de la poesía de Neruda, que en ésta coexisten dos poéticas diferentes; una que apuntaría hacia una epifanía de lo oculto, que representaría el componente metafísico de la obra del poeta y configuraría lo que el autor llama una “mística natural”; la otra, en cambio, tendería a la mostración de lo concreto. La primera tendría una cierta precedencia en cuanto representaría la experiencia poética base de la que emergería toda poetización concreta de la realidad. En la poética que apunta hacia la epifanía de lo oculto, a través de realidades tales como la tierra, el mar, el cielo, lo que se revela, convoca e interpela, suscitando la respuesta del poeta, es lo que Carrasco sucesivamente denomina el “Uno Todo”, el “Abismo”, el “Gran Misterio”, lo “Innombrable”, esto es, el Ser. El hombre, con su propio ser experimentado por el poeta frente al cielo como “mínimo ser, ebrio del vacío constelado”, forma parte de ese Ser y, consecuentemente, es también abismo, es “imagen y semejanza del misterio” que se manifiesta en el cielo estrellado. Al respecto nos dice el autor, “experimentar el enigma del universo es experimentarse a sí mismo como enigma; y al revés, experimentarse a sí mismo como enigma es experimentar el enigma del universo. El punto en que se une el Uno Todo con el hombre, el punto en que ambos son lo mismo, es el misterio”.

Con lo anterior se descubre el fundamento tanto de la superación de la escisión sujeto-objeto que según Carrasco sería lograda por la gran poesía, como de la confianza en el alcance ontológico del lenguaje poético, que el autor pone de manifiesto al concebir a aquél como respuesta a una interpelación proveniente del Ser. Dicho fundamento residiría en el lazo que une al hombre a lo Innombrable: el misterio como esencia compartida; el autor da expresión a esta unidad diciendo: “la esencia humana no tiene nada de humana, porque ella pertenece a la esencia misma del ser”. El hombre, entonces, sería parte integrante de eso otro que trascendiéndolo lo incluye

y que se manifiesta en la palabra que surge como respuesta a su llamado. Por otra parte, en el capítulo quinto, “La poética de las Odas Elementales” se nos dice lo siguiente: la poesía de Neruda “no se limita a dar testimonio de la presencia de lo innombrable, sino que penetra en la fantástica diversidad de la vida, sin que nada de lo que puebla la tierra pueda parecerle ajeno”. Asoma, así, la segunda poética, la que tiende a la manifestación de lo concreto. Carrasco descubre la unidad de esta aparente divergencia entre las dos direcciones del decir poético nerudiano —la poética de lo metafísico y la de lo elemental— en el hecho de que ambas apuntan hacia lo otro que el hombre y, en esa misma medida, hacia una superación de la absolutez del sujeto. Ya veíamos antes cómo este último era privado de la iniciativa poética ante el llamado de lo Uno Todo que culminaba en la palabra; la dirección hacia lo elemental vendría ahora a compensar, según nos dice el autor, “la subjetividad infinitamente reiterada, infatuada y sobredimensionada (que) ha sofocado la posibilidad de manifestación del mundo”. De manera que el egocentrismo del hombre que se ha erigido en sujeto, en fundamento frente a un mundo del que ha hecho un objeto, vale decir, la unilateral afirmación del yo, exigirían ahora el contrapeso del apuntar hacia lo otro que se muestra en los entes más elementales; para redescubrir su verdad y su sentido y, a la vez, recuperar el yo como “mirada abierta al mundo, (como) una forma de vida en la que todas las demás vidas hablan, sienten y se muestran”.

En esta forma, la síntesis poética de la subjetividad con lo otro que vendría a superar la escisión sujeto-objeto se daría bajo una doble forma: como síntesis con el Ser, con lo Uno Todo y como síntesis con la multiplicidad de los entes; y esto sería así no simplemente porque el hombre tenga una percepción escindida de lo otro, sino porque lo otro se manifiesta efectivamente como ser y como entes. Esto constituiría, en palabras de Carrasco “lo que explica que la poética de Neruda, manteniendo su rigor y su unidad en cuanto poética de la aparición de lo otro, mantenga estas dos vertientes de inspiración...”. Podríamos afirmar que en ambas se actualiza el carácter epifánico del decir poético, consistente tanto en expresar lo decible sobre el Ser y los entes, como en revelar —en relación al uno y los otros— el límite de lo expresable, el enigma.

La esencia de la poesía

Este sacar a luz la síntesis entre lo humano y esa totalidad que se revela en el llamado y se hace palabra en la respuesta del poeta, representaría la esencia de la poesía, según nos dice Carrasco en el mismo capítulo cuarto al que ya antes hicieramos referencia.

Esta síntesis estaría presente en las dos poéticas que el autor discierne: la que tiende a la epifanía de lo oculto y la que apunta a la mostración de lo concreto; una y otra religarían al hombre con lo otro: la primera, con lo Uno Todo o Universo

experimentado fundamentalmente en el mar y en el cielo nocturno y estrellado; “el poeta se unió al propio rodar de las estrellas, fue uno con el girar del cielo”, nos dice Carrasco al respecto. La segunda remitiría también a la unidad con eso otro, pero mediatizado por el desvío de lo más cercano: la propia tierra —la patria— los otros hombres y entes elementales que la pueblan y que representan el modo particular de inserción de cada hombre en lo cósmico.

A partir de esta síntesis, lo humano aparece compartiendo su esencia con lo Innombrable, con el Misterio; “parte pura del abismo” llama el poeta al hombre; vale decir, aquella parte en la que el abismo se realiza en plenitud. “¿Qué es ser abismo?” se pregunta el autor, y responde: “Ser sin poder desentrañar su propio ser, pero ser en el sentido de ser este mismo no saber desentrañar”, vale decir, ser “abismo que se sabe abismo” y que, por ello, dicho en un lenguaje cuyas inequívocas resonancias bíblicas el autor reconoce, es “imagen y semejanza del misterio”.

Por otra parte, esa síntesis entre lo humano y lo otro se da también en referencia a lo efímero y a lo eterno; a ese “tiempo inmóvil” de la naturaleza, esa especie de inocente eterno retorno de lo mismo que ignora la decadencia y la muerte y el tiempo humano, “el tiempo de la historia, de la vida ascendente o descendente, del dolor y su derrota...” que el poeta reintegra al interior del primero, iluminando su unidad subyacente y mostrando, así —desde un nuevo ángulo— la pertenencia de lo humano al enigma.

Desde otra perspectiva, pero siempre dentro del sentido temporal de la síntesis, la poesía de Neruda junto con remitir a los orígenes cósmicos y de terruño tiene un destacado apuntar hacia el futuro; así, por ejemplo, la patria a la que el poeta canta no es una realidad cerrada en torno a su historia, sus tradiciones, costumbres y valores; de hecho, estos elementos le confieren una realidad que no agota, sin embargo, su identidad. En esa realidad y, a veces contra ella, el poeta —que reúne al cronista de hazañas del pasado y al profeta que escudriña el futuro— descubre el ser posible de la patria que a través suyo se revela como tarea con profundas connotaciones éticas.

En esta forma, podríamos decir que la síntesis que constituiría la esencia de la poesía implica una auténtica función de religar, de volver a unir lo que estaba separado: mediante ésta, junto con restituir la unidad del hombre con lo otro, disimulada tras la absolutez del sujeto, ella restituye también la sacralidad del cosmos y del hombre, oculta por la manipulación ilimitada.

Campanadas del Mar

Finalmente, quisiera destacar lo que se nos dice en el capítulo quinto, “Poética de las Odas Elementales”, en relación al campanero del que habla Neruda en el poema allí citado, *Las Estrellas*: “El campanero convoca a todos a venir. Su labor es central, en el sentido de llamar hacia el centro donde se muestra lo que todos debieran ver”.

En *Campanadas del Mar*, y éste es a nuestro parecer el sentido profundo del título elegido para su obra, el autor reitera magistralmente a nivel filosófico la labor del campanero nerudiano. Convoca a escuchar en la palabra del poeta el llamado del Ser frente al cual ella es respuesta; llamado y respuesta que —en la poesía de Neruda— representan aquel pensamiento que, según se nos dijera, hay en toda gran poesía y que sólo la filosofía puede sacar a luz en su modo filosófico.

Esta tarea la cumple Eduardo Carrasco en forma tan bella como rigurosa. Su libro es la campanada que, desde la filosofía, abre el camino para una hermenéutica de la poesía de Neruda y, en general, para una reflexión filosófica en torno a la poética misma, a la obra de arte como tal.

ANA ESCRÍBAR W.